

# KATHY REICHS



## LA HUELLA DEL DIABLO

Un extraño incendio destapa una peligrosa  
secta destructiva

## Agradecimientos

Deseo dejar constancia de mi especial agradecimiento al doctor Ronald Coulombe, especialista en incendios; a Carole Péclet, especialista en química, y al doctor Robert Dorion, responsable del Departamento de Odontología, Laboratorio de Ciencias Jurídicas y Medicina Legal, y a Louis Metivier, del Departamento del Forense de la provincia de Quebec, por haber compartido sus conocimientos conmigo.

El doctor Walter Birkby, antropólogo forense de la Oficina Forense de Pima County (Arizona), me proporcionó valiosa información acerca de la recuperación de restos calcinados. El doctor Robert Brouillette, jefe de los departamentos de Medicina de Neonatos y Medicina Respiratoria del hospital infantil de Montreal me ayudó aportando importantes datos sobre el crecimiento en la infancia.

Agradezco a Curt Copeland, forense del condado de Beaufort; Cari Me Cleod, jefe de policía del condado de Beaufort, y al detective Neal Player, del Departamento del Sheriff del condado de Beaumont, la valiosa colaboración prestada. El detective Mike Mannix, de la policía del estado de Illinois, también contestó amablemente a muchas preguntas relacionadas con la investigación de un homicidio. El doctor James Tabor, profesor de Estudios Religiosos en la Universidad de Carolina del Norte, en Charlotte, me proporcionó información acerca de sectas y movimientos religiosos. Leon Simon y Paul Reichs aportaron sus profundos conocimientos sobre Charlotte y la historia de la ciudad. También estoy en deuda con Paul por sus valiosos comen-

tarios sobre el manuscrito. El doctor James Woodward, decano de la Universidad de Carolina del Norte, en Charlotte, me apoyó de forma incondicional durante la redacción de este libro.

Debo un agradecimiento muy especial a tres personas. El doctor David Taub, alcalde de Beaufort y notable primatólogo, fue extraordinariamente solícito a pesar de la andanada de preguntas a la que fue sometido. El doctor Lee Goff, profesor de Entomología en la Universidad de Hawai, en Manoa, nunca dejó de aconsejarme mientras yo le importunaba sin cesar con preguntas relacionadas con las distintas clases de insectos. El doctor Michael Bisson, profesor de Antropología de la Universidad McGill, fue una referencia fundamental en relación con esa universidad de Montreal y con cualquier cosa que yo necesitara saber.

Dos libros me resultaron especialmente útiles en la elaboración de esta historia. *Plague: A Story of Smallpox in Montreal*, de Michael Bliss (Harper Collins, Toronto, 1991), y *Cults in Our Midst: The Hidden Menace in Our Everyday Lives*, de Margaret Thaler Singer y Janja Lalich (Jossey-Bass Publishers, San Francisco, 1995).

Agradezco profundamente los cuidados y protección que me brindan mi agente, Jennifer Rudolph Walsh, y mis editoras Susanne Kirk y Maria Rejt. Sin ellas, Tempe sería incapaz de contar sus historias.

# Capítulo 1

Si los cuerpos estaban allí, yo no podía encontrarlos.

Afuera, el viento continuaba ululando. En el interior de la vieja iglesia, sólo el ruido que hacía mi desplantador al rascar la tierra y el zumbido de un generador y un calefactor portátiles resonaban espectralmente en aquel enorme espacio. En lo alto, las ramas arañaban las ventanas cubiertas con maderas, como si fuesen dedos rugosos y deformes sobre pizarras de contrachapado.

El grupo permanecía detrás de mí, muy juntos pero sin tocarse y con las manos metidas en el fondo de los bolsillos. Podía escuchar sus breves movimientos de un lado a otro: un pie que se levantaba, y luego el otro. Las botas hacían crujir el suelo helado. Nadie hablaba. El frío nos había entumecido, sumiéndonos en un profundo silencio.

Un pequeño cono de tierra desapareció a través de la malla de red de un cuarto de pulgada mientras yo la esparcía suavemente con el desplantador. La consistencia granulosa del subsuelo había sido una agradable sorpresa. Teniendo en cuenta las características de la superficie, había esperado encontrar permafrost en toda la profundidad de la excavación. Sin embargo, las dos últimas semanas habían sido extrañamente cálidas en Quebec, de manera que la nieve se había fundido y la tierra se había ablandado. La típica suerte de Tempe. Aunque el cosquilleo de la primavera había sido barrido por otra invasión de viento procedente del Ártico, ese suave receso climático había dejado la tierra blanda y fácil de excavar; bien. La noche anterior la temperatura había descendido hasta los catorce bajo cero;

no tan bien. Pese a que la tierra aún no había vuelto a congelarse, el aire era helado. Tenía los dedos tan fríos que apenas si podía doblarlos.

Estábamos cavando nuestra segunda zanja, pero en el cedazo sólo se recogían guijarros y fragmentos de roca. A esa profundidad yo no esperaba demasiado, pero nunca se sabía. Aún no había logrado completar a lo largo de mi carrera una exhumación que respondiese a las previsiones.

Me volví hacia un tipo que llevaba una parka negra y una gorra tejida calada hasta los ojos. Calzaba botas de cuero con cordones hasta la rodilla, y dos pares de calcetines asomaban sobre el borde superior. Su cara era del color de la sopa de tomate.

—Sólo unos centímetros más. —Hice un gesto con la palma hacia abajo, como si estuviese acariciando el lomo de un gato—. Lentamente; debes ir lentamente.

El tipo asintió. Luego empujó con fuerza la pala de mango largo en la estrecha zanja, gruñendo como Monica Seles al lanzar el primer servicio.

—*Par pouces!* —exclamé cogiendo la pala con fuerza—. ¡Poco a poco! —Repetí el movimiento que le había estado enseñando durante toda la mañana, como si estuviese cortando rebanadas de pan—. Queremos extraerlo en capas finas. —Volví a decirlo en un lento y cuidadoso francés.

Estaba claro que el hombre no compartía mi sensibilidad. Tal vez fuese a causa del aburrimiento que producía aquella tarea, o tal vez la idea de estar desenterrando muertos. Sopa de Tomate sólo quería acabar el trabajo y largarse de aquel lugar.

—Por favor, Guy, ¿quieres volver a intentarlo? —dijo una voz masculina a mis espaldas.

—Sí, padre —masculló el hombre.

Guy reanudó el trabajo, sacudiendo la cabeza, pero rasgando el suelo como yo le había enseñado, para luego arrojar la tierra en la fina malla del cedazo. Desvié la mirada

de la tierra negra al pozo, buscando alguna señal que indicase que nos encontrábamos cerca de una sepultura.

Hacía varias horas que estábamos cavando y podía sentir que la tensión aumentaba en el grupo de personas que se encontraba detrás de mí. El balanceo de las monjas también había incrementado la cadencia de su ritmo. Me volví para darle al grupo de religiosas lo que esperaba que fuese una mirada tranquilizadora. Mis labios estaban tan rígidos que la tarea no resultaba fácil.

Seis rostros me devolvieron la mirada, con el gesto contraído por el frío y la ansiedad. Una pequeña nube de vapor apareció brevemente antes de disolverse delante de cada uno de ellos. Seis sonrisas dirigidas a mí. Podía sentir un sinfín de oraciones recitadas en silencio.

Una hora y media más tarde habíamos excavado casi un metro y medio. Al igual que sucedió con la primera, esa zanja sólo había producido tierra. Yo estaba segura de tener congelados cada dedo de los pies, y Guy parecía estar a punto de traer una retroexcavadora para acelerar el proceso. Era hora de reagruparnos.

—Padre, creo que debemos comprobar otra vez los documentos de la sepultura.

Pareció dudar un momento.

—Sí, por supuesto —dijo finalmente—; por supuesto. Y todos podríamos beber un poco de café y comer unos bocadillos.

El sacerdote se dirigió hacia unas puertas de madera que había en el extremo más alejado de la iglesia abandonada, y las monjas lo siguieron, con la cabeza gacha, desplazándose con cuidado sobre el suelo sucio y desparejo. Los velos blancos describían arcos idénticos sobre los abrigos de lana negros. Pingüinos. ¿Quién había dicho eso? Los Blues Brothers.

Apagué los focos portátiles y los seguí, con los ojos clavados en el suelo, asombrada ante los fragmentos de hueso que aparecían incrustados en la tierra. Genial. Habíamos

estado excavando en el único lugar de la iglesia que no contenía ninguna sepultura.

El padre Ménard empujó una de las grandes hojas de madera de la puerta y, en fila india, salimos a la luz del día. Apenas necesitamos unos pocos segundos para adaptarnos a la súbita claridad. El cielo estaba plomizo y parecía estrechar las torres y agujas de todos los edificios que formaban el recinto del convento. Un viento helado soplaba desde las Lauréntides, haciendo flamear velos y cuellos.

Nuestro pequeño grupo se inclinó ante las fuertes ráfagas y atravesó el descampado hasta llegar a uno de los edificios próximos, construido con la misma piedra gris que la iglesia, aunque de dimensiones más pequeñas. Salvamos unos escalones antes de llegar a un porche de madera tallada y entramos en el edificio por una puerta lateral.

En el interior, el aire era cálido y seco, lo que resultó una sensación muy agradable después del frío intenso que dominaba ese día gris. Olía a té, bolas de naftalina y años de comida frita.

Sin decir una palabra, las mujeres se quitaron las botas, me sonrieron una a una y desaparecieron a través de una puerta que había a la derecha, justo en el momento en que una pequeña monja, vestida con un enorme jersey de esquiadora, entraba en el vestíbulo. Un reno marrón y velludo saltó a través de su pecho hasta desaparecer debajo del velo. Sus ojos parpadearon un par de veces a través de los gruesos cristales de las gafas y extendió la mano para coger mi parka. Dudé un momento por temor a que el peso de mi abrigo le hiciera perder el equilibrio y diese con sus huesos contra las duras baldosas del suelo. Pero la monja sacudió la cabeza con impaciencia e hizo un gesto con los dedos hacia arriba, de modo que me quité el abrigo, lo deposité sobre sus brazos y añadí el gorro y los guantes. Era la mujer más vieja que aún respirara que yo había visto en mi vida.

Un momento después seguí al padre Ménard a lo largo de un corredor, estrecho y mal iluminado, hasta llegar a un pequeño estudio. Ahí el aire olía a papel viejo y pegamento de colegio. Un crucifijo presidía un escritorio tan grande que me pregunté cómo habían conseguido pasarlo a través de la puerta. Los entablados de la pared, de roble oscuro, llegaban casi hasta el techo. Las estatuas me observaban desde la cornisa superior de la habitación; sus rostros eran tan sombríos como la figura que ocupaba el crucifijo.

El padre Ménard se sentó en una de las dos sillas de madera que estaban frente al escritorio y me hizo un gesto para que ocupase la otra. El silbido de su sotana, el sonido de las cuentas; por un momento volví a St. Barnabas, al despacho del padre. Nuevamente metida en problemas. «Basta, Brennan. Ya has superado los cuarenta y eres una profesional. Una antropóloga forense. Esta gente te ha llamado porque necesita tu experiencia».

El sacerdote cogió un libro encuadernado en cuero que había sobre el escritorio, lo abrió por una página marcada con una cinta verde y lo colocó entre ambos. Inspiró profundamente, frunció los labios y dejó escapar el aire por la nariz.

El diagrama no era nuevo para mí. Se trataba de una cuadrícula con filas divididas en parcelas rectangulares, algunas con números y otras con nombres. El día anterior habíamos pasado horas examinándolo, comparando las descripciones y los archivos de las tumbas con sus posiciones en la cuadrícula. Después, habíamos recorrido el lugar para marcar las localizaciones exactas.

La hermana Élisabeth Nicolet se encontraba, aparentemente, en la segunda fila desde la pared norte de la iglesia, la tercera parcela a partir del extremo occidental, justo al lado de la madre Aurélie. Pero no estaba allí. Y Aurélie tampoco se encontraba donde supuestamente debería haber estado su tumba.



Señalé una sepultura en el mismo cuadrante, pero varias filas hacia abajo y a la derecha.

—Muy bien. Rafael parece estar aquí. —Luego deslicé el dedo hacia abajo—. Y Agathe, Véronique, Clément, Marthe y Eléonore. Ésas son las sepulturas posteriores a 1840, ¿verdad?

—*C'est ça.*

Entonces señalé la parte del diagrama que correspondía a la esquina suroccidental de la iglesia.

—Y éstas son las tumbas más recientes. Las señales que encontramos coinciden con los archivos.

—Sí. Fueron las últimas, justo antes de que la iglesia fuese abandonada.

—Se cerró en 1914.

—Sí, 1914.

Tenía una forma muy extraña de repetir palabras y frases.

—¿Élisabeth murió en 1888?

—*C'est ça*, 1888. Y la madre Aurélie, en 1894.

Eso no tenía sentido. Cualquiera prueba acerca de la existencia de esas tumbas debería estar allí. Estaba claro que aún quedaban algunos restos de los entierros de 1840. Las excavaciones realizadas en esa zona habían procurado fragmentos de madera y pequeños trozos de metal utilizados en la fabricación de ataúdes. Dado el ambiente protegido que reinaba en el interior de la iglesia y el tipo de suelo, había pensado que los esqueletos se encontrarían en muy buen estado de conservación. ¿Dónde estaban, entonces, Élisabeth y Aurélie?

La anciana monja entró en el estudio portando una bandeja con café y bocadillos. El vapor que desprendían las pequeñas jarras había empañado sus gafas, de modo que se movía con pasos cortos y desiguales, sin despegar nunca los pies del suelo. El padre Ménard se levantó para coger la bandeja.

—*Merci*, hermana Bernard. Muy amable de su parte. Muy amable.

La monja asintió y se alejó arrastrando los pies, sin preocuparse de limpiar los cristales de sus gafas. La miré mientras me servía un poco de café. Sus hombros eran casi tan anchos como mi cintura.

—¿Qué edad tiene la hermana Bernard? —pregunté cogiendo un croissant, ensalada de salmón y lechuga marchita.

—No estamos del todo seguros. Ella ya estaba en el convento cuando yo comencé a venir por aquí, antes de la guerra, cuando era un niño. Me refiero a la segunda guerra mundial. Luego se marchó a dar clases en las misiones que la orden tenía en el extranjero. Vivió muchos años en Japón y luego en Camerún. Creemos que ha superado los noventa años. —Bebió un poco de café. Hacía ruido—. Nació en un pequeño pueblo en Saguenay y dice que se unió a la orden cuando tenía doce años. —Otro ruido—. Doce años. Los archivos no eran tan buenos en la Quebec rural de aquellos días; no eran tan buenos.

Mordí un pequeño trozo de bocadillo y luego envolví de nuevo la jarra de café con mis dedos. Noté una deliciosa sensación de calor.

—Padre, ¿existen otros registros? ¿Cartas viejas, documentos, cualquier cosa que aún no hayamos examinado?

Moví los dedos de los pies dentro de las botas. No sentía nada.

El sacerdote hizo un gesto señalando los papeles que cubrían el escritorio, y luego se encogió de hombros.

—Esto es todo lo que me entregó la hermana Julienne. Ella es la encargada de llevar el archivo del convento, como bien sabe.

—Sí.

La hermana Julienne y yo habíamos mantenido una nutrida correspondencia y también habíamos hablado extensamente. Ella era quien se había puesto en contacto conmi-

go para hacerme conocer el proyecto. Y yo me sentí intrigada desde el principio. Ese caso era muy diferente de mi trabajo habitual como forense, que implicaba a personas que habían muerto recientemente y que acababan en manos de los investigadores de homicidios. La archidiócesis quería que yo me encargara de exhumar y analizar los restos de una santa. Bueno, no se trataba realmente de una santa, pero ése era el quid de la cuestión. Élisabeth Nicolet había sido propuesta para la beatificación. Yo debía encontrar su tumba y verificar que los huesos fuesen los de ella. La cuestión de la santidad correspondía al Vaticano.

La hermana Julienne me había asegurado que había excelentes documentos sobre ese caso. Todas las sepulturas de la vieja iglesia estaban catalogadas y registradas en un plano. El último entierro había tenido lugar en 1911. La iglesia había sido abandonada y cerrada en 1914, después de un incendio. Se construyó una iglesia más grande para reemplazarla, y el antiguo templo nunca volvió a utilizarse. Un lugar cerrado y buena documentación: pan comido.

Entonces ¿dónde estaba Élisabeth Nicolet?

—No cuesta nada preguntar. Tal vez haya alguna cosa que la hermana Julienne no incluyera con el resto de la documentación porque pensó que no era importante.

El padre Ménard comenzó a decir algo, pero luego pareció cambiar de opinión.

—Estoy absolutamente seguro de que la hermana Julienne me entregó todos los documentos sobre este caso, pero se lo preguntaré de todos modos. La hermana Julienne ha dedicado mucho tiempo a esta investigación. Mucho tiempo.

Lo miré mientras se alejaba hacia la puerta, acabé mi croissant y luego me comí otro. Crucé las piernas, me senté sobre los pies y froté con fuerza los dedos. Bien; volvía a sentirlos. Mientras bebía otro sorbo de café, levanté una de las cartas del escritorio.

La había leído antes. Estaba fechada el 4 de agosto de 1885. La viruela estaba fuera de control en Montreal. Élisabeth Nicolet le había escrito al obispo Édouard Fabre, rogándole que ordenara la vacunación de los feligreses que estuviesen sanos y el uso del hospital cívico para las personas infectadas. La letra era clara y precisa; el francés, pintoresco y anacrónico.

En el convento de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción reinaba un silencio sepulcral. Mi mente vagaba sin cesar. Pensé en otras exhumaciones, en el policía de St. Gabriel. En aquel cementerio los ataúdes habían sido apilados en tres hileras. Finalmente, habían encontrado a monsieur Beaupré a cuatro tumbas del lugar que figuraba en los archivos, y en el fondo, no en la parte superior del trío de ataúdes. Y también pensé en aquel hombre de Winston-Salem, que no estaba en su propio ataúd. La caja estaba ocupada por una mujer con un vestido largo y con motivos florales. Eso había supuesto un problema doble para el cementerio. ¿Dónde estaba el muerto? ¿Y a quién pertenecía el cuerpo que ocupaba aquel ataúd? La familia nunca pudo volver a enterrar a su abuelo en Polonia, y los abogados ya se estaban preparando para la guerra cuando me marché.

Escuché el tañido de una campana a lo lejos y luego unos pies que se arrastraban en el corredor. La anciana monja regresaba.

—*Serviettes* —chilló. Di un brinco, y unas gotas de café salpicaron una de mis mangas. ¿Cómo era posible que una persona con un cuerpo tan pequeño produjera ese sonido?

—*Merci*.

Cogí las servilletas.

La anciana me ignoró, se acercó a mí y comenzó a frotarme la manga que se había manchado de café. En la oreja derecha llevaba un pequeño pendiente. Podía sentir su respiración y ver el fino vello blanco que nacía de la barbilla. La vieja monja olía a lana y agua de rosas.

—Eh, *voilà*. Lávela cuando llegue a su casa con agua fría.

—Sí, hermana.

Su mirada se posó en la carta que yo sostenía en la mano. Afortunadamente, el café no la había alcanzado. Se inclinó para ver mejor.

—Élisabeth Nicolet fue una mujer admirable, una mujer de Dios. Tanta pureza, tanta austeridad. —*Pureté. Austerité*. Su francés sonaba como el que había imaginado para las cartas de Élisabeth si hubiesen sido habladas.

—Sí, hermana.

Yo volvía a tener nueve años.

—Élisabeth será una santa.

—Sí, hermana. Es por eso por lo que estamos tratando de encontrar sus huesos; para que puedan recibir el tratamiento adecuado.

Yo no estaba segura de cuál era el tratamiento adecuado para un santo, pero la expresión sonaba bien.

Busqué el diagrama que habíamos estado examinando con el padre Ménard y lo extendí ante ella.

—Ésta es la vieja iglesia. —Recorrí con el dedo la fila que discurría junto a la pared norte y señalé uno de los pequeños rectángulos—. Ésta es su tumba.

La vieja monja estudió la cuadrícula durante varios minutos, con las gafas a escasos milímetros del papel.

—Ella no está allí —dijo. Su voz retumbó en la estancia.

—¿Perdón?

—Ella no está allí. —Un dedo deforme y flaco golpeó ligeramente el rectángulo—. Ése es un lugar equivocado.

En ese momento regresó el padre Ménard. Le acompañaba una monja de elevada estatura y con tupidas cejas negras que formaban un ángulo sobre la nariz. El sacerdote presentó a la hermana Julienne, quien alzó las manos unidas y sonrió.

No era necesario explicar lo que la hermana Bernard acababa de decir. No había duda de que ambos habían oí-

do las palabras de la anciana mientras se acercaban por el corredor. Probablemente, también la hubiesen oído de haberse encontrado en Ottawa.

—Ése es un lugar equivocado. Están buscando en un lugar equivocado —repitió.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la hermana Julienne.

—Están buscando en un lugar equivocado —repitió—. Ella no está allí.

El padre Ménard y yo nos miramos.

—¿Dónde está Élisabeth, hermana? —pregunté.

La hermana Bernard volvió a inclinarse sobre el diagrama y luego apuntó con el dedo hacia la esquina suroriental de la iglesia.

—Está allí. Con la madre Aurélie.

—Pero, her...

—Ellos las cambiaron de lugar. Las colocaron en ataúdes nuevos y las enterraron debajo de un altar especial. Allí.

La anciana señaló nuevamente la esquina suroriental del templo abandonado.

—¿Cuándo? —preguntamos al unísono.

La hermana Bernard cerró los ojos. Los labios, viejos y arrugados, se movieron en un cálculo inaudible.

—En 1911, el año en que ingresé como novicia en el convento. Lo recuerdo porque unos años más tarde la iglesia se incendió y entonces la entablaron. Yo debía entrar en la iglesia quemada y poner flores en el altar. No me gustaba nada ese trabajo. Daba escalofríos entrar allí sola. Pero era una ofrenda a Dios.

—¿Qué sucedió con el altar?

—Lo quitaron en los años treinta. Ahora está en la capilla del Santo Infante, en la nueva iglesia. —Dobló la servilleta y comenzó a recoger las cosas del café—. Había una placa que señalaba el lugar de las tumbas, pero ya no existe. Ahora nadie entra allí. Hace años que la placa desapareció.

El padre Ménard y yo volvimos a mirarnos. El sacerdote se encogió de hombros.

—Hermana —comencé a decir—, ¿cree que podría mostrarnos dónde se encuentra la tumba de Élisabeth?

—*Bien sûr.*

—¿Ahora?

—¿Por qué no? —Se oyó el tintinear de las jarras de porcelana sobre la bandeja.

—No se preocupe ahora por esas cosas —dijo el padre Ménard—. Por favor, busque su abrigo y las botas, hermana, y regresaremos a la vieja iglesia.

Diez minutos después estábamos nuevamente en el templo abandonado. El tiempo no había mejorado en absoluto y, tal vez, era más frío y húmedo que por la mañana. El viento seguía rugiendo. Las ramas continuaban golpeando las maderas que cubrían las ventanas.

La hermana Bernard se decidió por un sendero irregular a través de la iglesia, y el padre Ménard y yo la cogimos cada uno de un brazo. A través de las capas de ropa, la anciana parecía increíblemente frágil y ligera.

Las monjas se unieron al grupo de espectadores. La hermana Julienne llevaba una pluma y un cuaderno de notas. Guy cerraba la marcha.

La hermana Bernard se detuvo junto a un nicho en la esquina suroriental de la iglesia. Se había puesto una gorra tejida a mano y de color verde pálido sobre el velo, atado debajo de la barbilla. Giró la cabeza, buscando las marcas y tratando de orientarse. Todos los ojos se posaron en un punto de color en el deprimente interior de la iglesia abandonada.

Le hice señas a Guy para que volviera a colocar una de las lámparas. La hermana Bernard estaba concentrada en su tarea y no prestaba atención. Unos minutos más tarde se retiró de la pared. Volvió la cabeza hacia la izquierda, luego